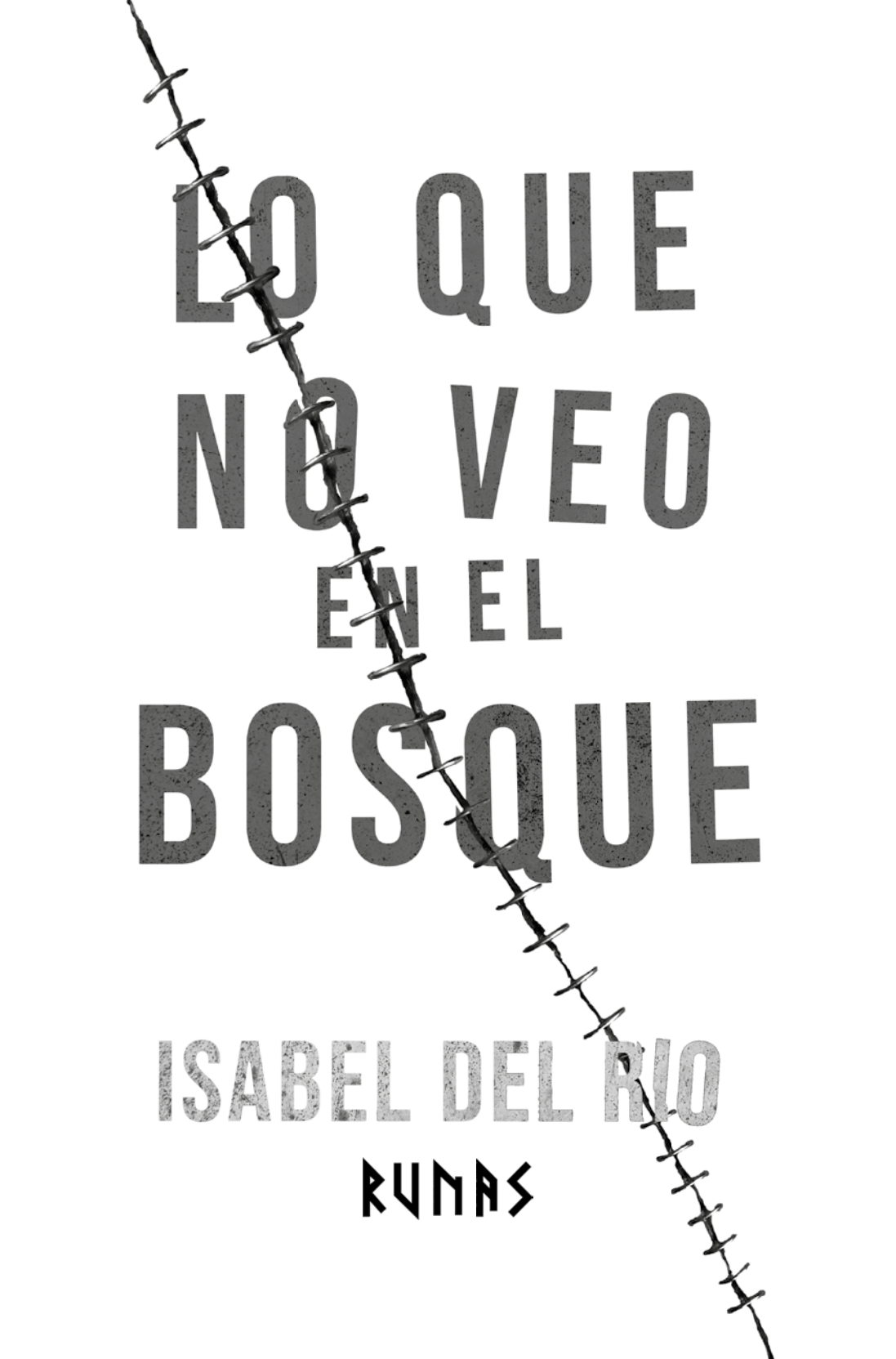

LO QUE NO VEO EN EL BOSQUE

ISABEL DEL RÍO

RUNAS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Junio de 2026
Copyright © Isabel Del Rio, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-275-7
Depósito legal: M-6142-2026
Printed in Spain

«Murieron las formas despavoridas de la noche
y no hubo más un afuera ni un adentro».
Alejandra Pizarnik

«Nos detuvimos en busca de monstruos bajo la cama
cuando descubrimos que estaban en nuestro interior».
Charles Darwin

«La realidad no está ahí para ser creída,
sino para ser creada».
Leonora Carrington

Carretera de montaña, noche del 30 de octubre del 2022

Frente a mí solo existen las líneas blancas y la lluvia en un océano de oscuridad. La noche cerrada cae a plomo sobre la carretera, sin luna y con una atmósfera densa de nubes de tormenta. No existe nada más allá de lo que alumbran las antiniebla del coche.

La lluvia repiquetea sobre el chasis, acallando cualquier otro sonido. Podría poner la radio, pero hace tiempo que me agotan los típicos temazos de temporada o los hilos musicales, siempre las mismas canciones.

El coche no es mío, como tampoco el móvil, ambos son cacharros antiguos que se pueden alquilar para hacer turismo más allá de la ciudad, fuera de la esfera estacionaria. Somos pocos los que nos aventuramos a viajar en solitario; sin embargo, todavía existen empresas que prestan estos servicios y, por las pintas que tenía el local, no me extrañaría que sus clientes habituales buscasen facilidades a la hora de hacer ciertos trapicheos fuera de los controles de ciudadanía.

Pese al escaso tráfico, las carreteras se mantienen en perfecto estado para los tráileres de suministros y los convoyes turísticos. Lo intentaron por aire, pero resultó más caro en demasiados sentidos. Se perdieron tantas personas allí arriba… Y las reservas apenas llegaban a la ciudad. No, es mucho mejor por tierra, donde puedes controlar qué llega y por qué dirección.

Las largas atraviesan la niebla y el agua, forman un camino de líneas blancas entrecortadas en un mar vibrante, aceitoso y negro. Aunque no pueda verlos, sé que a los lados hay bosque y roca, la ladera de una montaña y viejos robles, recobrados tras la transición. Viejos porque son recuperados de cepas antiguas, no por su edad… Es curioso pensar que este bosque no tiene ni diez años, ahora la naturaleza está desbocada y la vegetación crece a un ritmo alarmante. El cambio ha salvado el planeta y para ello nos ha arrinconado a nosotros, eliminándonos en masa.

Llego a la zona de curvas, que se suceden una a otra, ascendiendo hacia mi destino. La bruma allí es más densa, o tal vez sean las propias nubes. La tormenta arrecia y el pequeño círculo de luz se limita todavía más. Las tripas se me retuercen por la tensión.

Recuerdo sus palabras, sus acusaciones. Que la dejaba sola, que qué mierdas iba a hacer yo ahí, en esa casa vieja y abandonada, que para qué me iba ahora. Y lo mismo me pregunto yo, si este viaje al pasado va a servir de algo o solo es otra manera de alargar lo inevitable, de no enfrentarme a la realidad de que mi vida no me satisface; que ella sigue siendo la misma, mientras que yo he cambiado. A veces pienso que no somos nosotras, que es el puto mundo, esa autoridad pasivo-agresiva de la gente que te dice qué has

de hacer, cómo has de ser y, al final, incluso el más rebelde acaba por someterse, de una manera u otra. Piso, trabajo que pague las facturas, deuda vitalicia que saldar por respirar y una imagen que te posicione mínimo en un siete porque más abajo ya no existes, ya no tienes puesto ni dónde vivir. Seamos sinceras, si no te ven bien, no creen en ti y sin confianza no es posible nada, ¿no? Así que todos mentimos y, sabiendo eso, firmamos un contrato no escrito.

¿Y los que no pasan el corte? Bueno, viven fuera de la ciudad o conducen los camiones de suministro o…

El golpe me pilla desprevenida. Las ruedas derrapan en la lluvia y trato de controlar el viraje para no caer montaña abajo, hacerme papilla contra las rocas.

La lluvia se convierte en líneas albas que cruzan el horizonte. Rechino los dientes y piso el freno con fuerza. La luz incide en la oscuridad, noche, bosque, noche, roca, noche… No estoy muy segura de cuánto avanzo intentando controlar el coche cuando por fin logro detenerlo, a ras del precipicio que se abre a mi derecha.

Me masajeo el cuello y el hombro; el tirón me ha dejado dolorida. Desengancho el cinturón de seguridad y abro la puerta. La lluvia cae en manto incesante y solo con asomarme acabo empapada hasta los huesos.

Escudriño la oscuridad hacia el lugar de donde vengo, pero no veo nada. Vuelvo a asomarme al interior, con las rodillas sobre el asiento, y busco en la guantera la luz de emergencia. Y ahí está, con la función de foco solar incluida.

Con la lluvia golpeándome, despiadada, doy unos pasos que me alejan del coche. Alumbro la carretera. El haz es potente y su resplandor crea un abanico que ignora las inclemencias del tiempo. Así que el problema no es la os-

curidad, sino que no sé cuánto he avanzado hasta poder detenerme.

Camino un poco más, pese a que no es seguro. «¡¿Estás loca?! ¿Tú sola por esa carretera? Eloise, ¡es un suicidio!». Ya, bien, quizá Marla tenía razón. De hecho, todo podría haber terminado hace unos segundos, porque ¿en qué momento he dejado de fijarme en la carretera? He desconectado, de eso estoy segura. Amodorrada por el repiqueteo y el calor del habitáculo, el cansancio de tanto tiempo sin dormir bien…

El viento barre mis pensamientos y me recoloca de nuevo en la realidad: esa ducha de agua fría, los árboles que aúllan a mi izquierda, la veta gris y afilada a la derecha. Alumbro más allá, a la negrura y las líneas blancas, y solo veo agua y niebla.

«Ha podido ser una roca en medio del camino o un animal», me digo a mí misma para tranquilizarme. Pero el pensamiento latente me retuerce de nuevo las tripas y provoca que acelere el paso, de regreso al coche, al tiempo que se me acelera el corazón. El monte no es seguro, la naturaleza tiene hambre. Recuerdo las lecciones, las clases de reacondicionamiento que nos impartieron cuando todo sucedió. Ahora está bajo control, pero entonces era cuestión de supervivencia.

Entro al vehículo sin pensar en lo mojada que voy. ¡Ya se secará! De hecho, cierro las puertas desde dentro, solo por si acaso, y arranco de inmediato, con la luz de emergencia en el asiento del copiloto y sin ponerme el cinturón.

El pálpito. La angustia. La clara sensación de que algo me observa queda atrás según avanzo. El peligro sigue ahí, retorciéndome por dentro, el recuerdo de que no puedes

fiarte de nada… Me abrocho el cinturón y acaricio el primer tramo de la cicatriz que me recorre desde el ombligo hasta el pecho. Me la podrían haber borrado, pero eso solo habría aumentado los años a una condena que ya suma más de los que llegaré a vivir nunca.

Un escalofrío me trepa por la columna y subo la calefacción. El agua me resbala por el flequillo y se mezcla con las lágrimas que no he querido contener. Porque no estoy en la ciudad, ahora no, y da igual lo que piensen los demás. Estoy rota. ¡Sí, joder! ¡¿Y qué?!

Pico de Lobre, madrugada del 31 de octubre

Cuando al fin llego, es un cartel blanco y fantasmal el que me lo indica. «Pico de Lobre», reza, y el pueblo me da la bienvenida en silencio, con sus gentes entre sueños, las puertas bien trabadas, las ventanas cubiertas por los porticones y el humo de algunas chimeneas, que asciende en la oscuridad en sombras lechosas y trémulas.

La casa de mi abuelo no queda lejos, está al lado del sendero que lleva a los huertos.

Dejo atrás la carretera principal, la pequeña capilla y el viejo lavadero, y las luces alumbran la puerta alta de metal que cierra el terreno. Bajo del coche sintiendo que llueve sobre mojado y atino lo más rápido posible la llave en el bombín. La puerta deja escapar un quejido, que me suena a saludo. Con ayuda de dos piedras fijo las hojas de metal para que el viento no las vuelva a cerrar y conduzco el vehículo hasta que queda bajo el tejadillo, que se mantiene a duras penas, junto a la casa, con la leña seca y bien cubierta al fondo del todo.

Corro de nuevo bajo la lluvia para cerrar las puertas y después saco la llave grande y pesada que abre la principal, la de la casa, una pesada losa de madera de roble con la pintura verde cascarillada; un trasto de otro tiempo. Una vaharada de naftalina me sacude las fosas nasales antes de dar siquiera un paso al interior. Todo huele a viejo y a polvo, pero al menos no a humedad.

Pruebo los interruptores y, como imaginaba, la electricidad no está conectada. Busco en la mesilla del recibidor. Velas y cerillas, todo un clásico. Encajo una nueva en un portavelas de latón que recuerdo siempre ahí, desde niña, junto al teléfono de línea fija.

Antes de subir a la segunda planta, alumbro el salón comedor, el mismo lugar que sirve de cocina y donde está la chimenea.

Dejamos de venir aquí mucho antes del incidente. Decían ver a mi abuelo tras su muerte, en la casa y en el huerto. Mi madre también se encontró con él un par de veces y eso hizo que le entrara miedo. Yo quería volver, recorrer las calles que disfrutaba en la niñez, pero la casa se convirtió en tabú y cuando empecé a salir con Marla e intenté hacerla subir hasta aquí ya era demasiado tarde. El terror a la naturaleza se había instalado en la gente y los pueblos se vaciaron, excepto por aquellos que se negaban a abandonar sus hogares o quienes, por los estándares dictados, no tenían lugar en las ciudades.

El crujido de las escaleras me sigue hasta la segunda planta. Entro en la habitación principal, donde todo sigue igual: la cama de matrimonio y su cobertor de flores doradas, el gran tocador de madera con los frasquitos de perfume que fueron de mi abuela, el arcón que no me dejaban abrir de

niña, aunque solo contenía mantas y sábanas bordadas, y el gran armario con la ropa vieja que usábamos aquí.

Ambas puertas me abrazan con el tintineo de los cinturones contra el espejo interior. El ruido me provoca un temor infantil y miro alrededor para asegurarme de que estoy sola. Encuentro unos tejanos viejos de mamá, de los que utilizaba cuando ayudaba en el campo, y una camisa de franela del abuelo. Junto a una camiseta térmica un poco apolillada y unos calcetines un par de tallas más grandes, el calor regresa y vuelvo a sentirme las extremidades.

Abandono en el bidet del baño la ropa empapada y, con las viejas botas de montaña de mamá, bajo de nuevo para encender el fuego y caldear un poco la casa. Hay leña apilada justo al lado, y ramitas y papel de diario viejo en una cesta. Hace décadas que no enciendo una chimenea, espero que sea como montar en bici y solo me lleve un par de decepciones antes de que arda.

El fuego prende y devora las ramitas secas, las noticias antiguas y la emprende con el leño. Tomo asiento en el largo y ancho banco de madera que nos hacía de sillas y sofá al mismo tiempo. Me hago con unos cuantos cojines y una manta y me estiro allí mismo, como hacía mi abuelo tras la comida.

Nunca entendí por qué la gente tenía miedo a sus apariciones, es una de las personas más nobles que he conocido. Sin embargo, la palabra *fantasma* siempre atemoriza, sin importar de quién sea, como si la memoria de alguien bueno pudiera devenir fatídica solo por presentarse tras la muerte.

Cierro los ojos y me dejo mecer por el chisporroteo del fuego y la lluvia, que repiquetea sobre las tejas y las piedras encharcadas del camino, sobre la puerta de metal y aquello que observa en la oscuridad.

Robleda, noche del 30 de octubre

La vida zumba en la noche, se retuerce, caza y se alimenta.

La criatura se abre camino entre el espeso sotobosque, la niña se araña los brazos y las mejillas con las zarzas, la bestia avanza y ella grita, pide ayuda, apretándose con la mano allí donde la han dañado. Siguen corriendo, una caza a la otra, una intenta huir de lo inevitable. Los animales silencian su existir antes de que lleguen, las presienten antes de escucharlas, huelen el miedo y la violencia, el dolor y la sangre.

Bajo los robles, la lluvia llega amortiguada, pero la niebla es más densa, cuaja entre los troncos, borra los arbustos y las ramas atravesadas.

La niña se tropieza y la criatura se abalanza, ella logra arrastrarse bajo un enorme árbol caído y a medio absorber por el bosque. Su chaqueta se rasga por detrás, el arañazo le marca de rojo la espalda, pero no llega a herirla. Con las manos y la cara en el barro la niña sigue adelante y de un

bote se alza para emprender de nuevo la carrera. Tarde, ha perdido demasiado tiempo y la criatura la embiste, la arroja hacia delante, sale del bosque, el suelo es un mar de alquitrán y la luz estalla.

El coche patina, hace zigzag y a punto está de estamparse contra la roca, de sobrevolar el bosque antes de que la gravedad haga el resto, pero logra frenar, mucho más allá, lejos del lugar donde ha sucedido todo.

La mujer sale del automóvil, alumbra la noche con sol de día y tiembla empapada, de pavor y recuerdos. La bestia ha devorado a la niña y lleva lo que resta de vuelta a la robleda. La lluvia borra lo que ha sucedido: las huellas de las ruedas en el asfalto y la sangre del parachoques.

La vida del bosque espera a que pasen para regresar a sus quehaceres nocturnos, la mujer arranca el motor y huye de lo que cree que la persigue.

El coche sigue hacia el pueblo que hay arriba del todo, en la montaña, pero ella no es de fuera como otros, la mujer vuelve, como la niña, al lugar de donde vino.

Casa del abuelo, mañana del 31 de octubre

Sinceramente, me esperaba otra cosa. Sin embargo, me despierto descansada y con una sensación de paz que no experimentaba en mucho tiempo. Ni malestar poslluvia torrencial, ni collarín por latigazo tras el casi accidente en la carretera, y he de agradecer que tampoco tenga un ataque alérgico a causa de la cantidad de polvo por centímetro cuadrado que debe haber ahora mismo en la casa —así como en los cojines y la manta en los que me he arrebujado toda la noche—.

Lo que sí predije a la perfección es el hambre de *hobbit* que tengo ahora mismo y las tres llamadas perdidas de Marla.

Así que avivo las brasas, que todavía lucen rojizas en la chimenea, y las alimento con ramitas. Me estiro cuan larga soy para despertar todos los músculos posibles, con el consiguiente chasquido de esternón y hombro derecho.

Abro la puerta principal y me saluda un cielo que me vacila con su preciosismo, una paleta del azul al rojo que

me deja embobada un buen rato hasta que mi estómago me recuerda que o desayuno o me la lía.

Utilizo el sendero de piedras para evitar el lodazal que es ahora el resto del jardín delantero de la casa y busco en el maletero las bolsas de víveres que preparé antes de mi escapada. Cargo con ello hasta la cocina, sin preocuparme siquiera por volver a cerrar el coche o la puerta principal, puesto que tendré que ventilar toda la casa si no quiero dar más motivos a mi alergia para montarme una buena y merecida.

Busco la vieja cafetera italiana, una sartén y la reja que usaba mi abuelo para tostar el pan en la chimenea. La bombona de butano todavía tira y prendo dos de los fogones. Dejo el paquete de cerillas sobre el mármol, pero después decido guardármelas en el bolsillo. Preparo un par de huevos con pimentón y sirvo el café con una cucharada de miel. Con la manta sobre los hombros, mi bocadillo de huevos y la taza humeante, vuelvo a contemplar el arte efímero que me regala la naturaleza.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que la enorme puerta de metal está abierta y asoma la cara arrugada de un hombre menudo y vestido de negro, con un gorro montañés bien calado sobre la frente.

Los portones se quejan y el hombre da un respingo, después repara en mí.

—Buenos días —saludo desde las primeras piedras del camino—. Espero que no le haya molestado durante la noche. Llegué tarde y parece que cerré mal. Pero es que hubo una tormenta que…

—Sí, sí. La lluvia. No era una noche para conducir, sino para quedarse a resguardo. —Me observa detenidamente,